

## LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA CONCEPCION DE RAYMOND ARON\*

ROBERTO DURÁN S., *Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica.*

Habiendo transcurrido dos meses de la muerte de Raymond Aron, creemos que es aún muy temprano para medir la trascendencia de su trayectoria académica. Al igual que para todo pensador universal —como él indudablemente fue— tampoco es tarea fácil discernir qué parte o proporción de su vasta obra pertenece netamente a tal o cuál disciplina. Con mayores o menores argumentos, historiadores, sociólogos, politólogos o filósofos pueden perfectamente reclamar su obra como propia, sin que ello implique ninguna contradicción con todo lo que escribió y enseñó durante cuarenta y cinco años. El aporte de Aron al estudio de las relaciones internacionales está implícito en su cátedra del Instituto de Estudios Políticos de París de 1945 a 1968, en sus clases de sociología en la Sorbona, en su ininterrumpida gestión periodística entre 1946 y 1983, y, por supuesto, en sus variados trabajos publicados en libros y artículos. Enseñó en las Universidades de París, Colonia, Berlín, Turingia, Ginebra, John Hopkins y Harvard, por nombrar sólo algunas.

En lo que concierne al análisis de Aron sobre las relaciones internacionales, éste está profundamente imbuido de la tradición académica francesa y alemana, y por esa razón la elaboración de esquemas teóricos de alta abstracción y la consistente lógica de su argumentación constituyen el núcleo central de todos sus trabajos. Del mismo modo, su análisis recibe la influencia del contexto histórico y político que le tocó vivir, es decir, todo el período de reconstrucción de posguerra en su país y en Europa en general y su posterior resurgimiento político-económico. Asimismo, le tocó enfrentar la época turbulenta de la reforma universitaria francesa de fines de los años 60, siendo una injustificada víctima de ese período.

En su calidad de académico europeo, observó con reticencia la evolución de las ciencias sociales y de las disciplinas humanísticas hacia un empirismo craso. Nunca cesó de afirmar que los fenómenos políticos, sociales, económicos e internacionales no debían parcelarse, sino por el contrario, aprehenderse siempre integralmente. Este razonamiento está presente a lo largo de todo su libro "Paz y Guerra entre las Naciones", sin duda su aporte más destacado a la investigación de las relaciones internacionales.

A su juicio, el estudio de las relaciones internacionales se topa con un problema de definición de niveles de análisis, lo que él en su terminología denominaba "ni-

---

\* Conferencia pronunciada el 13 de diciembre de 1983 en el Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, al cumplirse dos meses del fallecimiento del Profesor Raymond Aron.

veles de comprensión". En ese sentido, el ámbito de la teoría de las relaciones internacionales posee dos dimensiones: una racional, o sea, aquella en la cual la percepción y la acción desplegada por la política exterior de un Estado se vinculan al logro de un objetivo concreto. La segunda es la dimensión sociológica, la cual incluye factores que no siendo estrictamente racionales, de una forma u otra están involucrados en las relaciones entre Estados. El tipo o grado de racionalidad o irracionalidad en las relaciones internacionales provocó un largo debate en medios académicos norteamericanos, enfrentando a realistas y utopistas durante años, pero sólo llegaría marginalmente a las universidades europeas. Para Aron la doble confrontación entre utopistas y realistas, por un lado, y entre racionalistas y sociologizantes, por otro, no es más que una ficción teórica cuyo esclarecimiento y comprensión sólo pueden alcanzarse en una visión de conjunto que entrega la historia: "Únicamente la historia podrá reducir algún día la eterna dimensión entre el maquiavelismo y el moralismo".<sup>1</sup>

En su concepción, la política exterior de un Estado contempla dos facetas que se complementan, una diplomática y otra estratégica. La incesante rivalidad entre países que compiten por asegurarse factores de poder e influencia en un sistema mundial o regional está siempre determinada por la dualidad de negociación y conflicto. Es el no siempre preciso equilibrio entre estos últimos lo que define la conducta de un Estado respecto de otro, y en ese sentido su perspectiva es más amplia que la adoptada por la corriente realista clásica. "En ocasiones, escribe, la victoria militar da satisfacciones de amor propio, pero no siempre beneficios políticos". Asimismo, el interés nacional no es necesariamente unívoco, ya que depende de la ideología de los gobernantes. Por último, señala que afirmar que la política entre Estados se guía sólo por el poder y la seguridad es una sobresimplificación de la vida internacional, por cuanto sería "pretender que las personas colectivas (es decir, los Estados), a diferencia de las personas individuales, se caracterizan por preferir la vida a las razones de vivir". En suma, en la medida en que el sistema internacional se ve constreñido a sobrevivir en la dualidad diplomático-estratégica, ningún tipo de racionalidad es esperable en las relaciones entre países.

El fenómeno de la guerra ocupa un lugar relevante en sus escritos, como era de suponerse en un ciudadano francés que vivió de cerca los dos conflictos mundiales más importantes en lo que va de este siglo. Aron acepta la guerra como un hecho y no desgasta su análisis en disquisiciones conceptuales: "la guerra es un acto político y surge de una situación política y resulta de un motivo político. Pertenece por naturaleza al puro entendimiento, ya que es un instrumento de la política. El elemento pasional interesa sobre todo al pueblo; el elemento aleatorio al mando y a su ejército, y el elemento intelectual al Gobierno, siendo este último elemento el decisivo y el que debe predominar sobre el conjunto". La influencia persistente de la guerra, o la eventualidad de que ésta se produzca, explica que diplomacia y estrategia sean dos conceptos que se diferencian en términos relativos. En última instancia ambos procedimientos, el diplomático y el estratégico, promueven su objetivo común, esto es, desplegar la voluntad de uno

---

<sup>1</sup> Paz y Guerra entre las Naciones, Revista de Occidente, Madrid, 1963.

de los adversarios, ya sea a través de la negociación o mediante la fuerza. Cuando la política de la fuerza militar se impone sobre la persuasión diplomática, no se siguen más que las reglas del juego impuestas por un sistema internacional rigurosamente jerarquizado y estratificado. La posesión o la posibilidad real de acceder a factores de poder e influencia determina el tipo de jerarquización que adopte ese mismo sistema internacional. De esta forma las relaciones internacionales se configuran en una estructura en la que las principales potencias y sus aliados constituyen el elemento central, elemento que orienta el funcionamiento y dinámica de la política mundial.

La política exterior de los Estados no sólo propende al logro de objetivos materiales y de corto plazo, sino además otros altruistas y de más largo aliento. A este respecto, Aron distingue entre la seguridad, el poder y la gloria. Cualquiera de estas tres orientaciones básicas que adopte la política exterior, cada una perfila lo esencial de la voluntad política de un país, hecho que además proyecta la voluntad ideológica del gobernante o del grupo gobernante. La búsqueda de la seguridad es el efecto más inmediato que se produce en la relación entre Estados una vez finalizado un conflicto internacional; corresponde a un estado de cosas en que el país o los países vencedores establecen las condiciones mínimas tendientes a evitar el surgimiento de las circunstancias que los empujaron a la guerra. Para el Estado o los Estados vencidos se trata de conformar un *modus vivendi* que les garantice lo básico —su supervivencia—, y les permita desarrollar a futuro un ámbito de acción que los reubique en el sistema mundial o regional. Es precisamente éste, la estructura y funcionamiento de los mecanismos de seguridad internacional, uno de los puntos de mayor desacuerdo en la actualidad: El sistema interamericano, por ejemplo, no ha podido superar exitosamente el conflicto de las islas Malvinas del año pasado, por no mencionar su ausencia en la crisis reciente de la isla de Grenada. Fenómeno similar ocurre con el sistema africano, el cual no ha sabido ni ha podido imponer un criterio político regional o la crisis del Tchad, en el ex Sahara español y en Namibia, sin tomar en cuenta su total incapacidad para contrarrestar la influencia de las principales potencias en los asuntos internos de los países del área, lo que ha significado la creación de permanentes focos de tensión regional en Africa Central y Meridional. Pero es en el sistema europeo en el que se manifiestan con mayor fuerza las tendencias desestabilizantes de la seguridad internacional, tendencias que se han ido agudizando en la medida en que los canales de contacto y cooperación van cerrándose uno tras otro. Siendo Raymond Aron un firme defensor de las posiciones europeo-occidentales, con mucha ecuanimidad aludió en repetidas ocasiones a la frágil memoria de gobernantes y gobernados, cuando verificaba que —una vez más—, los países volvían a incurrir en la misma secuencia de hechos y situaciones que conducen irremediablemente a la guerra. La perspectiva de un nuevo conflicto lo lleva a profundizar su clásica actitud de escepticismo existencial, volcando su análisis hacia una postura mucho más relativista. Aron se autodefinió como un “espectador comprometido” de la realidad de su país y del mundo. Es por esa razón que su postulado de “realismo verdadero” no implicó en ningún caso un rechazo o ausencia de valores o principios, sino que proyectaba a éstos en el terreno de una realidad cotidiana, en el plano de lo que él denominaba “de las creencias”. Como muchas veces dijo, su análisis se refiere a los hechos que

acontecen, a la historia que se va haciendo, y para comprenderla es preciso construir un esquema.

Así como la seguridad internacional acapara parte substancial de su estudio, en igual o mayor proporción el rol de los factores de poder e influencia se tratan in extenso en la obra de este autor.

El término de la segunda guerra mundial y la evolución del sistema internacional de posguerra disminuyen la influencia europea en la política mundial, proceso que culmina con la independencia de las posesiones coloniales de ultramar. La emergencia de los Estados Unidos como potencia hegemónica en Occidente es observada por Aron con una mezcla de distancia y respeto. "Aunque yo pudiese juzgarlos, no intento ni justificar ni condenar a los Estados Unidos. Por supuesto, marco aquí y allá el intervalo entre lo que se ha hecho y lo que se habría debido (o podido) hacer para alcanzar los objetivos propuestos o para fijar objetivos más próximos, más acordes con la finalidad global... pero me abstengo de pretender convertirme en intérprete de la conciencia universal". En su perspectiva, sólo los Estados débiles y menos provistos de recursos pueden limitar sus ambiciones a sobrevivir física y políticamente. No es el caso de las principales potencias, las que además de tener el deber de asegurar la supervivencia de su sistema político y social, deben buscar un constante mejoramiento en el bienestar de su población, lo cual implica un intercambio permanente con el exterior. Este intercambio no sólo es verificable en lo relativo a lo económico-comercial, sino que se extiende a la dimensión política, ya que de alguna forma ese flujo de intercambios es también producto de la posición que ese país ocupa en el sistema internacional. En ese sentido, la lógica de la historia adjudica a los Estados Unidos un papel que en otras épocas le correspondió jugar a Europa. Aron extrapola las condiciones en que se formó el sistema europeo entre 1812 y 1822 y las asimila al cuadro mundial de 1945 a 1960, habida cuenta de que la recomposición y reordenamiento de las potencias de entonces y de las de ahora, se perfilan en un contexto estructural de gran similitud.

En múltiples artículos y conferencias, Aron pone de relieve el desequilibrio en la relación Este-Oeste, específicamente en lo que toca al enfrentamiento político-estratégico entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. En su libro "La República Imperial",<sup>2</sup> manifiesta sus aprehensiones sobre la posibilidad de un retiro total de las fuerzas militares norteamericanas de Europa. Todos conocemos las dificultades de las posibles alternativas que actuarían como suplentes. ¿Una fuerza anglo-francesa de disuasión? ¿Qué autoridad decidiría su empleo? ¿Le prestarían los alemanes la misma confianza que a la fuerza estadounidense? ¿Pagarían parcialmente su costo sin poner el dedo en el gatillo? ¿No será que los europeos prefieren la igualdad en la dependencia a la desigualdad que crearía el hecho de que algunos de ellos poseyeran armas tenidas por decisivas?

Mientras los Estados Unidos dedicaron todos sus esfuerzos durante la década de los años 70 a superar de la manera más honorable los efectos de la guerra de Vietnam, la política de modernización bélica del Pacto de Varsovia dio paso a una situación desestabilizadora que hoy en día constituye uno de los principales

---

<sup>2</sup> *La República Imperial*: Los Estados Unidos en el mundo 1945-1972. Ed. EMECE, Buenos Aires, 1974.

puntos de fricción de la política internacional. Paralelamente, hay un cambio fundamental en la política exterior soviética, cambio que ya era perceptible desde el inicio de la pugna con la República Popular China, época en que la Unión Soviética redefine su rol como "patria del socialismo", cediendo a una posición menos dogmática en lo ideológico y más pragmática en lo político. El cambio en el léxico y en la retórica de la política exterior soviética no pasa inadvertido para Aron, quien por lo demás es un gran conocedor de la filosofía y teoría marxista-leninista.

En su libro "El Gran Debate", publicado en 1965, el autor expresaba sus dudas respecto de las posibilidades de que norteamericanos y soviéticos alcanzaran resultados concretos en un contexto de apaciguamiento mutuo. La ubicación geográfica de la Unión Soviética y las enormes posibilidades que le brinda su extenso territorio —sin contar con las que le prestan sus aliados del Pacto de Varsovia—, colocan a esta potencia en un pie de indudable superioridad en el continente europeo.<sup>3</sup> En esta observación el gran pensador vaticina, quince años antes de que se produzca, una realidad que ha alterado profundamente el cuadro de la seguridad europea y mundial. El creciente deterioro en la relación Este-Oeste y el virtual estancamiento en las negociaciones de Ginebra es el más fiel exponente de esta predicción. Generaciones de políticos y gobernantes obnubilados por los años de la abundancia y del "jolgorio colectivo" de los años 60 generaron una imagen idealizada del sistema internacional, imagen que se desvanecería en la década siguiente cuando todo el orden mundial entró en una crisis que resulta insuperable aún en estos días. La vigencia de la política de poder en las relaciones internacionales queda así, una vez más, de manifiesto.

Reflexionando en torno a otros aspectos de la política exterior de los Estados y complementando las de seguridad y poder, Aron esboza un tercer elemento que denomina la lucha por la gloria del Estado. En determinados períodos, algunos países buscan lo que se denomina una victoria absoluta, es decir, el establecimiento de condiciones de paz impuestas enteramente por el vencedor y acatadas integralmente por el vencido. En cierto sentido, esta aseveración podría ser algo falaciosa, por cuanto es inherente a toda guerra la existencia de un vencedor y un vencido; pero deja de serlo al especificar los tipos de guerra en que se ven involucrados los Estados, sobre todo cuando se observa que muchos países no excluyen las demostraciones de fuerza en el contexto global de su política exterior. Más aún, estos países necesitan exteriorizar, cada cierto tiempo, este tipo de demostraciones a fin de afirmar su imagen en el sistema mundial y de recordar a sus aliados la vigencia de su voluntad política. Es en este sentido que cabe interpretar la lucha por la gloria, principio de acción de las superpotencias y de las potencias intermedias, que justifican por esta vía su política de permanente intervención en los países subdesarrollados.

En su calidad de liberal realista, Raymond Aron rechaza enfáticamente los postulados idealistas, fustigando duramente un sistema internacional basado en un esquema jurídico universal. A su juicio, el derecho internacional adolece de insuficiencias conceptuales que atentan contra toda lógica de la realidad. Por lo pronto, el principio de que "todos los tratados deben ser respetados" es limitado, por

3 *The Great Debate: Theories of Nuclear Strategy*. Garden City, New York, Doubleday, 1965.

cuanto sólo se refiere a las relaciones reguladas por acuerdos o tratados, instrumentos que la mayoría de las veces son una consecuencia de las relaciones de poder. Del mismo modo, el derecho internacional insiste en la validez de la costumbre como punto de partida en la norma internacional. Si así fuera ¿cómo excluir la guerra, toda vez que es un fenómeno histórico y contemporáneo profundamente ligado a la costumbre internacional? El grado de ideologización en que se encuentran las relaciones internacionales constituye un tercer obstáculo, ya que cada ideología o cosmovisión del método y de la historia posee una visión restringida y propia de las normas internacionales. Como señalara en su obra "Paz y Guerra entre las Naciones", "en el sistema planetario de hoy día, la sociedad tiene más motivos para sentirse desgarrada y menos razones para actuar como una unidad. Cada uno de los grandes se esfuerza en convencer a sus nacionales y a los no comprometidos de que el régimen del otro es despreciable. Un mismo hecho, execrable según una ideología, es admirable de acuerdo con la otra".

A modo de reflexión final sobre la obra de Raymond Aron, muchas son las preguntas que podrían formularse, y pocas las respuestas que encontramos. Su filosofía escéptica y su análisis realista lo catalogan como un pensador de gran trascendencia en las ciencias sociales, y cuya colaboración va más allá del apretado resumen que hemos expuesto. Su obra es impugnable, como toda obra humana, pero su coherencia, su condición y su honestidad académica constituyen el mayor legado de uno de los más brillantes exponentes del pensamiento francés y europeo de este siglo.